



Romain Gary
Perro blanco



ROMAIN GARY

Perro blanco

Traducción de
Gloria Martinengo

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Chien Blanc*
Traducción del francés: Gloria Martinengo

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2018

© Éditions Gallimard, 1970
© de la traducción: Gloria Martinengo, 2018
Reservados todos los derechos
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 20766-2018
ISBN: 978-84-17355-58-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A «Sandy»

Primera parte

I

Era un perro gris; tenía una verruga, como un lunar, en el lado derecho del hocico. Los pelos que le salían del morro parecían chamuscados por lo rojizos y le daban cierta semejanza al fumador inveterado que ilustra el rótulo del «Perro que fuma», un bar-estanco de Niza que estaba cerca del liceo de mi infancia.

Me observaba con la cabeza ligeramente ladeada y esa mirada intensa y fija del animal perdido que acecha al transeúnte con una esperanza angustiada e insoportable. Tenía pecho de luchador. Después, muchas veces, cuando mi viejo *Sandy* jugaba con él y le hacía rabiar, le vi rechazarle con la sola fuerza de su tórax, que proyectaba hacia delante como un *bulldozer*.

Era un pastor alemán.

Pasó a formar parte de mi existencia el 17 de febrero de 1968, en Beverly Hills, donde acababa de reunirme con mi mujer, Jean Seberg, que estaba rodando una película. Aquel día, un aguacero desmesurado, como son la mayor parte de los fenómenos naturales en América cuando les da por ahí, se había abatido sobre Los Ángeles, transformándolo en pocos minutos en una ciudad lacustre donde los Cadillacs vencidos se arrastraban lastimosamente por el agua; la ciudad había adquirido el aspecto incongruente de las cosas destinadas a una utilización completamente distinta, aspecto al que, por otra parte, nos han acostumbrado hace tiempo los surrealistas.

Estaba preocupado por mi perro *Sandy*, que el día antes se había ido de picos pardos al Sunset Strip y todavía no había regresado. Gracias a la influencia de nuestro ambiente familiar,

altamente moral, *Sandy* fue doncel hasta la edad de cuatro años, pero una bribona de Doheny Drive le hizo perder la cabeza. Sí, los cuatro años de educación burguesa y de principios ejemplares se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos... Claro que mi perro era de natural sencillo, crédulo, y no estaba preparado para afrontar los medios cinematográficos de Hollywood.

Habíamos llevado de París nuestra colección de bichos: el gato birmano *Bruno* y su compañera siamesa *Mai*; bueno, en realidad, *Mai* era macho, pero no sé por qué lo considerábamos hembra; quizá por los tesoros de mimosa ternura que nos prodigaba. Venía también una vieja gata sin raza, *Bippo*, misántropa y salvaje, que te largaba un arañazo en cuanto intentabas acariciarla. Teníamos además un tucán, *Billy-Billy*, que habíamos adoptado en Colombia, y acababa de regalar al zoológico particular de Jack Carruthers, en San Fernando Valley, una magnífica serpiente pitón de siete metros, llamada *Pete el Estrangulador*, que me había encontrado en la selva colombiana, lo mismo que el tucán. Hube de separarme de *Pete* porque cuando me acometía una de esas comezones de hombre a quien estar encerrado en su piel provoca claustrofobia y me ponía a correr de un continente a otro en busca de algo o alguien diferente, mis amigos se negaban a cuidarla. Ah, mejor será que agregue que en mis correrías persecutorias no encontré jamás nada *diferente*, exceptuando unos puros extraordinarios en Madrás que fueron una de las grandes y hermosas sorpresas de mi vida.

De vez en cuando iba a visitar a mi serpiente pitón. Entraba en el cercado especial que Jack Carruthers le tenía reservado por consideración a los escritores. Me colocaba frente a ella, con las piernas cruzadas; nos contemplábamos largo rato con una sorpresa recíproca, con una estupefacción sin límites, incapaces uno y otro de dar la menor explicación sobre lo que nos ocurría, sin conseguir, por lo tanto, beneficiarnos mutuamente con algún destello de comprensión extraído de nuestras experiencias respectivas. Encontrarse en la piel de una pitón o en la de un hombre es un avatar tan asombroso que ese pasmo compartido se transformaba en una verdadera fraternidad.

Pete solía adoptar la forma de un triángulo; las pitones no forman un círculo sobre sí mismas, sino una escuadra. Me daba entonces la impresión de que era como una señal que a mí me tocaba interpretar. Luego he sabido que la posición de escuadra es de defensa en la serpiente pitón, y la adopta en presencia de un peligro. Me enteré así de que *Pete* y yo teníamos por lo menos una cosa en común: una extremada prudencia en las relaciones humanas.

Hacia mediodía, cuando sobre las avenidas caían verdaderos torrentes de agua, oí un hermoso ladrar de barítono que conocía bien y fui a abrir la puerta. *Sandy* es un perro amarillo, grande, probablemente descendiente muy indirecto de algún lejano danés, pero por efectos de la lluvia y del barro tenía el pelaje del color del chocolate. Estaba en la puerta, con la cola baja, el hocico a ras de suelo, fingiendo el sentimiento de culpabilidad, la vergüenza y el regreso del hijo pródigo con un perfecto talento de hipócrita. No sé cuántas veces le había dicho que no se quedara fuera de casa por la noche, que no se marchara por ahí de picos pardos.

Tras haberlo amenazado con el dedo y pronunciado varias veces la palabra *bad dog*, me disponía a gozar plenamente de mi papel de dueño y señor adorado y temido, cuando mi chucho volvió discretamente la cabeza para indicarme que no estábamos solos. En efecto, había traído con él a un compinche. Era un pastor alemán gris que tendría seis o siete años, un hermoso animal que daba impresión de fuerza e inteligencia. Observé que no llevaba collar, cosa extraña en un perro de raza.

Hice entrar al calavera, pero el pastor alemán seguía en la puerta sin marcharse. Llovía tanto que con aquel pelo mojado y pegado parecía una foca. Movía la cola, levantaba las orejas, me miraba con ojos vivaces, centelleantes, llenos de esa atención intensa de los perros que acechan un gesto familiar o una orden. Estaba claro que esperaba mi invitación, reivindicando ese derecho de asilo inscrito desde siempre en las relaciones de los hombres con sus compañeros de infortunio. Le rogué, pues, que entrara.

Resulta bastante fácil hacerse una idea del carácter de un perro, exceptuando a los dóbermans, en quienes siempre he encon-

trado reacciones imprevisibles. El recién llegado me sorprendió inmediatamente por sus buenas disposiciones. Además, todos los que conocen a los perros saben que cuando uno de esos animales manifiesta amistad a otro, se puede confiar casi siempre en su criterio. Mi *Sandy* era de temperamento afable, y la simpatía que ofrecía espontáneamente a aquel coloso salvado del aguacero era para mí la mejor recomendación. Telefoneé a la S.P.A.¹ avisando de que tenía recogido a un pastor alemán perdido. Les di mi número de teléfono por si aparecía el dueño. Luego comprobé con gran alivio que el recién llegado trataba a mis gatos con gran consideración y que era un perro con una educación excelente.

En el transcurso de los siguientes días recibí numerosas visitas. El pastor, al que había puesto *Batka* —que en ruso quiere decir papaíto o viejecito—, tuvo gran éxito entre mis amigos, una vez pasado el primer momento de temor. Además de su pecho de luchador y de sus grandes fauces negras, *Batka* tenía unos colmillos que parecían los cuernos de unos toros pequeños llamados «machos» en México. Sin embargo, era de gran mansedumbre; olía a los visitantes para mejor identificarlos después, y en cuanto le acariciaban les daba la pata como diciéndoles: «Sí, ya sé que tengo el aspecto muy fiero, pero en realidad soy muy buena persona». Por lo menos así era como yo interpretaba los esfuerzos que hacía para tranquilizar a mis invitados, aunque no necesito añadir que un novelista se equivoca con más facilidad que otros sobre la índole de los seres y de las cosas, por la sencilla razón de que los *inventa*. He inventado siempre a cuantos han ido pasando por mi vida o han vivido junto a mí. Para un profesional de la imaginación resulta más fácil y evita el cansancio. Así no se pierde el tiempo intentando conocer al prójimo, procurando acercarte a él, prestándole verdadera atención. *Lo inventamos*. Luego, cuando nos llevamos una sorpresa, no podemos perdonárselo. Nos ha desilusionado. Es decir, no era digno de nuestro talento.

Como al perro no lo reclamó nadie, se fue convirtiendo poco a poco en miembro de la familia.

1. Sociedad Protectora de Animales.

La casa donde yo vivía en Arden tenía, naturalmente, una piscina. La compañía que se encargaba de la limpieza del agua mandaba dos veces al mes a un empleado que revisaba el funcionamiento del filtro.

Una tarde en que me hallaba escribiendo, escuché de pronto un prolongado rugido, seguido de esos ladridos entrecortados, rápidos, rabiosos con que los perros señalan, al mismo tiempo que la presencia de un intruso, la inminencia del combate que van a librar con él. Con frecuencia suele ser tan sólo una equivalencia canina a nuestra frase: «Sujétenme o lo mato». Pero cuando la profieren perros guardianes bien adiestrados, la cosa va en serio. No hay nada más enervante que esas furias repentinas que tienen por objeto inmovilizar al intruso mientras el can se prepara a atacar. Como los ladridos procedían de la piscina, corrí hacia allí.

Al otro lado de la verja vi al empleado negro que solía revisar los filtros. *Batka* se lanzaba contra la puerta con las fauces espumeantes, en un paroxismo de odio tan intenso y aterrador que mi buen *Sandy* se ocultó gimiendo tras un arbusto.

El negro permanecía completamente inmóvil, paralizado por el miedo; y en verdad que había motivo. Mi pastor bonachón, siempre tan amable con las visitas, acababa de transformarse en una furia animal, y lanzaba los aullidos de fiera hambrienta que ve carne y no puede alcanzarla.

En la brusca transformación de un animal apacible, al que creemos conocer, en un ser feroz, enteramente distinto, existe algo profundamente desmoralizador e inquietante. Significa un verdadero cambio de índole, casi de dimensión, uno de esos penosos momentos en que las componendas tranquilizadoras y las categorías establecidas saltan hechas pedazos, experiencia un tanto descorazonadora para los aficionados a la certidumbre. De repente me encontraba enfrentado con la imagen de la brutalidad primaria agazapada en el seno de la naturaleza, cuya presencia oculta preferimos ignorar hasta que se hace patente en una manifestación homicida. Lo que antaño se llamaba humanitarismo se ha encontrado siempre aprisionado en este dilema: el amor a los perros y el horror a la perrería.

Intenté sujetar a *Batka* y hacerle entrar en casa, pero el muy terco parecía tener un acendrado sentido del deber. No me mordió, pero me llenó las manos de babas hasta que consiguió soltarse. Entonces corrió nuevamente a la verja enseñando los colmillos.

El negro seguía inmóvil al otro lado de la reja, con sus instrumentos en la mano; era un muchacho. Recuerdo bien su expresión porque fue la primera vez que vi a un negro frente al odio bestial. Tenía ese aspecto triste que adquieren ciertos rostros de hombre cuando sienten miedo. Durante la guerra había visto con frecuencia aquella expresión reflejada en las caras de mis compañeros de escuadrilla. Recuerdo que la víspera de una misión que consistía en un vuelo rasante particularmente peligroso, el coronel Forquet me había dicho: «Parece usted muy triste, Gary». Es que tenía miedo.

Le dije al joven negro que se marchara y renuncié a limpiar la piscina aquella semana.

La escena volvió a reproducirse a la mañana siguiente con un empleado de la Western Union que me traía un telegrama.

Aquella tarde vinieron a verme unos amigos. A pesar de mis temores, *Batka* los recibió con la mayor amabilidad. Eran blancos.

Recordé entonces que el empleado de la Western Union también era negro.

II

Empecé a experimentar ese malestar tan conocido por todos los que sienten la manifestación de una penosa verdad cada vez más evidente, pero que no quieren admitir. Me decía que todo era una coincidencia o que yo sufría de manías y que el «problema» me tenía obsesionado.

Mi malestar se convirtió en una verdadera desazón cuando *Batka* estuvo a punto de destrozar al repartidor del supermercado. En el momento en que abrí la puerta, *Batka* estaba echado en medio de la habitación. Con gran rapidez, con ese silencio

cauteloso y solapado de quien busca la sorpresa en el ataque, se le tiró a la garganta. Un segundo más y... Apenas tuve tiempo de cerrar la puerta con un empujón de la rodilla. El repartidor era negro.

Aquel mismo día hice subir al perro en mi coche y lo llevé al zoo de Jack Carruthers, al Noha's Ranch, en San Fernando Valley. Conocía bien a Jack Carruthers, antiguo *cow-boy* de la pantalla que se dedicaba desde hacía mucho tiempo al adiestramiento de animales para el cine. Su rancho se enorgullece, entre otras cosas, de un foso de serpientes en que pueden encontrarse los reptiles venenosos más representativos de América. Jack y sus ayudantes les extraen el veneno necesario para la preparación de los sueros. Ese foso es un lugar del que tengo buen cuidado de apartarme cuando voy al rancho. Al contemplar lo que allí bulle, tengo la impresión de ver el famoso subconsciente colectivo de Jung, ese subconsciente de la especie en la que ingresamos al nacer. Y resulta un espectáculo bastante deprimente.

Jack estaba sentado tras su mesa de despacho, vestido con un mono azul y cubierto con su eterna gorra de béisbol. Era un hombre alto, con ese aspecto sosegado y macizo que suelen tener los que al envejecer pierden algo de su elasticidad muscular pero conservan la fuerza física. Las caídas voluntarias, de las que fue especialista en los *westerns*, habían dejado huellas en la mayor parte de sus miembros. Llevaba siempre muñequeras. En el antebrazo derecho lucía, tatuada, una cabeza de caballo.

Me escuchó en silencio masticando uno de esos puros infames a los que se ha condenado América al romper con La Habana.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Curar al perro...

«Noha» Jack Carruthers es lo que se llama un hombre tranquilo, de esa tranquilidad un poco irónica que emana de una fuerza interior tan segura de sí misma que no necesita manifestarse con aspectos de dureza. Tan sólo la inmovilidad extrañamente continua de aquel cuerpo macizo, recogido, sugería quizá cierta agresividad superada, una especie de inhibición física delirada. Pero esto no es más que la opinión de un hombre acos-

tumbrado a atarse corto a sí mismo. Me he resignado a admitir, de una vez para siempre, que no logro civilizar del todo al animal interior que arrastro conmigo, como les sucede a tantos automovilistas al volante del instrumento de su poder. Lo cierto es que en Hollywood todo el mundo quiere a Jack a pesar de su frialdad, porque es un hombre que comprende que el canario que le da uno para que se lo guarde no puede reemplazarse por cualquier otro canario, y que un señor que acaba de poner a su boa constrictor a toda pensión en el rancho suplicándole que la cuide con todo esmero se separa de un ser amado; amado, quizá, porque la boa es lo que ha podido encontrar más diferente de sí mismo.

—¿Curarlo? —Jack me observa con su mirada de ténpano azul pálido—. ¿Curarlo de qué?

—A este perro lo han adiestrado especialmente para que ataque a los negros. Le juro que no son suposiciones. Cada vez que un negro se acerca a la puerta, se pone como loco. A los blancos no les hace nada; mueve la cola y les da la pata.

—Bien, ¿y qué?

—¿Cómo que qué? Supongo que habrá un remedio, ¿no?

—No. Su perro es demasiado viejo —en sus ojos se enciende una chispita burlona—: con los de esta generación no hay nada que hacer. Ya debería usted saberlo.

—Jack, todo el mundo sabe que ha hecho verdaderos milagros con animales al parecer sin remedio.

—Es cuestión de edad. El mal está profundamente arraigado. No hay nada a hacer. Además, la mayoría de los animales «viciosos» son en realidad animales «viciados», deliberadamente deformados por años enteros de amaestramiento, sistemáticamente «deteriorados». Su chucho es demasiado viejo.

—Creo que sería cuestión de paciencia.

—No. Es demasiado tarde. Debe de tener unos siete años. Ya no hay forma de corregirle, no se le puede cambiar. Está profundamente marcado. Sufre lo que se llama deformación profesional.

—Pero es que no podemos dejarlo así.

—Pues que le pongan una inyección, y ya está. Es lo que yo haría en su lugar.

—La inyección deberíamos ponérsela a los canallas que le han enseñado a ser como es.

Jack se echó a reír. Es uno de esos hombres afortunados que son capaces de librarse del mundo entero con un ja, ja, ja.

—Ni siquiera tengo la seguridad de poderme quedar con su perrito. Tengo dos ayudantes negros y no creo que les guste. Bueno, déjelo aquí por el momento. Ya veremos lo que ocurre.

Me despido de *Batka*, que me observa con gran atención irguiendo las orejas y ladeando ligeramente la cabeza. Vuelvo a su lado, me siento en el suelo, acaricio largo rato su cabeza gris. Hasta pronto, papaíto. No te preocupes. Serán nuestros.

Corro con el coche a través de Coldwater Canyon. En el corazón llevo piedras suficientes como para construir algunos hermosos lugares de oración. Las grandes avenidas sin aceras, orladas de palmeras, se hallan desiertas. Sólo los coches están habitados. Doy vueltas en ese vacío motorizado y regreso hacia Wilshire Boulevard, donde hay aceras. Aquí, las aceras son oasis.

Termino por varar en casa de un amigo que, después de sufrir tres operaciones, tiene los días contados. Es un antiguo «purgado» de McCarthy, de los años 1952, a quien cuando la caza de las brujas «subversivas» se le impidió trabajar durante diez años. Le encuentro construyendo una ciudad imaginaria con unos *Do It Yourself Kits*.¹ Hace dos años que construye su dichosa ciudad radiante. No se interrumpe más que para escribir apresuradamente un guion de ciencia-ficción para la «tele», de la que es uno de los proveedores titulares. Pero todo su esfuerzo creador está dirigido a su ciudad ideal. La hace, la deshace, la afina. La guarda en un cobertizo que hay al fondo del jardín, detrás de la piscina. Es una mezcla de plástico, acero y un sueño desgarrador, una necesidad de belleza y perfección más fuerte que la enfermedad que le consume. Me intereso por su Casa de la Cultura con vistas al mar, pero al cabo de media hora me hartó y le dejo solo con sus cuitas.

1. Conjunto de artículos y herramientas para un fin determinado que suelen emplear los aficionados.

La radio del coche anuncia peleas raciales en Detroit. Dos muertos. Desde la revuelta de Watts, que produjo 32 víctimas, la idea que obsesiona al país es la de que América no ha establecido nunca un récord sin lograr batirlo a corto o largo plazo.

Cuando se trata de hombres, es posible consolarse con Shakespeare, con la medicina, con el rastro de nuestras suelas en la Luna. Pero si se trata de un perro, no hay lenitivo posible. Cada vez que iba a ver a *Batka* en su jaula creía advertir en sus ojos una muda interpelación: «¿Qué he hecho yo? ¿Por qué me tienes encerrado en esta jaula? ¿Por qué no me quieres ya?». No existía respuesta ante esta profunda inocencia, a no ser una caricia tranquilizadora. Al salir de allí me inundaba un odio terrible hacia mí mismo. Ahora comprendía bien la frase de Victor Hugo, cuya referencia había buscado en vano durante tanto tiempo hasta que me la diera el señor Helou, hoy presidente del Líbano: «Cuando digo yo, hablo de todos vosotros, insensatos.»

Voy a visitar a *Batka* todos los días. Quiero ver lo que es de mí.

Son las siete de la mañana; exceptuando al guardián nocturno y los animales, el arca de Noé está vacía. En la brisa matutina, las flores y las hojas acunan gotas de rocío pletóricas como frutos del alba.

La jirafa del doctor Doolittle me observa con sus ojos tan femeninos, de largas y espesas pestañas que envidiarían esas señoras clientas de Elizabeth Arden.

Batka se yergue sobre sus patas traseras, se apoya contra la reja. Me ha sentido venir. Apoyo mi mejilla contra el enrejado de hierro, noto su morro frío, la lengua caliente. En los ojos de un perro no es difícil reconocer una expresión de amor. Pienso en mi madre por esta fidelidad del perro y del amor. Pero mi madre tenía los ojos verdes. Pienso también en una admirable inepticia expresada por un excelente novelista amigo mío en ese tono que tan justamente se califica en inglés de *supercilious*, mezcla de superioridad, remilgo y dandismo psicológico: «No me gustan los perros –me había dicho– porque no me gusta esa calidad de

afecto sumiso que nos ofrecen». Es curioso ver hasta dónde puede llegar a agazaparse la dignidad.

Como no tengo llave de la jaula, me acurruco en la parte de afuera mientras *Batka* se echa al otro lado, con el morro descansando sobre las patas extendidas, sin quitarme los ojos de encima.

Había en el cielo esa claridad límpida que tiene California al amanecer, antes de la salida de millones de vehículos y la puesta en marcha de las fábricas, cuando la polución lanza a la ciudad su podredumbre opaca.

Pensaba marcharme sin ser visto. No tenía nada que decir a nadie. Pero había perdido toda noción del tiempo, como suele suceder cuando nos ponemos a vivir un poco hacia fuera de nosotros mismos, con la luz, los árboles y la suavidad del aire.

Debían de ser las diez cuando vi acercarse al guardián negro al que conocía, como todo el mundo en el zoo, por el nombre de Keys.¹ Seguramente sería un sobrenombre que le habían puesto por el manojito de llaves que llevaba colgando del cinturón y que le hacía dueño de todas las jaulas de leones, fosos de serpientes, estanques de cocodrilos, casas de monos y otros rincones del arca de «Noah» Jack Carruthers.

Se hallaba a unos diez metros de nosotros cuando *Batka* irguió las orejas, se quedó inmóvil un instante, luego se levantó de un salto y se lanzó aullando contra el enrejado. Noté en la cara las salpicaduras de sus babas. Fuera de la imagen, instantáneamente materializada, de los esclavos fugitivos y de esos campos de algodón con sus siembras, cuya trágica cosecha no ha terminado de hacer América, vi también una vez más esa descomposición repentina de lo conocido, esa transformación instantánea de lo amistoso en hostilidad salvaje...

Keys pasó junto a la jaula sin dirigir una mirada al perro. Era un muchacho alto, delgado, vestido con camisa de manga corta, de rostro risueño, luminoso, que llevaba posado sobre el labio, como una mariposa, un bigotillo. Se parecía vagamente a Malcolm X. Pero a mí me parece ver siempre algo de ese luchador en todos los rostros negros.

1. *Keys*, llaves en inglés. (*N. de la T.*)